OBSERVACIONES

SOBRE

LA ACTUAL SITUACION RELIGIOSA

POR

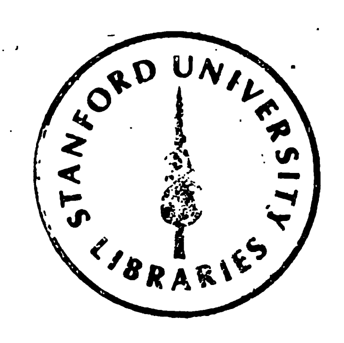
D. José Antonio Ortiz Urruela,

comendador de la real y distinguida órden de Cárlos III,
abogado de los Tribunales nacionales,
miembro de varias sociedades científicas y literarias,
etc., etc., etc.



MADRID:
IMPRENTA DE D. LUIS PALACIOS,
carrera de San Francisco, núm. 6.

1861.


STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES

LA ACTUAL SITUACION RELIGIOSA.

I.

Temores.

La Iglesia está pasando por una crísis desde hace dos años, y hasta ahora, ni el ojo mas perspicaz puede descubrir, humanamente hablando, cuál será el desenlace de la actual situacion. Sin embargo, el ojo de la fé la contempla con serenidad, y se vé brillar en él, no solo un rayo de esperanza, sino esa plácida luz que ordinariamente acompaña á la completa seguridad del triunfo.

El que, amigo ó enemigo, se haya acercado durante esos dos años al venerable Pontífice que hoy gobierna la Iglesia, no ha podido menos de notar, con admiracion, la serenidad de ánimo con que el augusto anciano devora las penas que no pueden menos de oprimirle y hace frente á los ataques de que es blanco, no solamente su autoridad temporal, indispensable en los tiempos actuales para el libre ejercicio de la autoridad espiritual, sino tambien esta misma autoridad espiritual, los institutos religiosos, las personas sagradas, y aun la propia persona del Vicario de Jesucristo.

Ataques de los incrédulos, á los cuales nunca ó casi nunca se vé en hostilidad con los protestantes; sin duda

porque unos y otros tienen la conciencia, ó el sentimiento, ó el instinto de las afinidades que existen entre el protestantismo y la incredulidad, ó de que, como dijo Bossuet: «el protestantismo está separado del ateismo, únicamente por un paso; y este paso, es sobre un resbaladero.»

Ataques de los protestantes. Por qué, ¿cuál es la causa de que la revolucion de Italia ha encontrado entre ellos tantas simpatías? Bien puede ser, y aun es muy probable, que en Inglaterra deseen muchos el triunfo de la revolucion, esperando que ella abrirá todos los puertos de la Península al comercio británico. Bien puede ser, y es igualmente probable, que el Gobierno inglés, al tomar bajo su amparo á la anarquía que se propaga en Italia bajo el especioso nombre de independencia y unidad, tenga en miras, por la regla de que á rio revuelto ganan los pescadores, apoderarse de algun otro punto importante, á mas de los que ya posee en el Mediterráneo, que es el camino para su imperio de la India. Ya se ha hablado de dos cosas. De tomar la Sicilia, contando tal vez para ello con la gratitud y los compromisos de la Cerdeña, y obtener del Austria otra isla que no se ha nombrado, en cambio de una alianza que la será tanto mas necesaria, cuanto mas crítica se haga su situacion por la anarquía. Todo esto es no solo posible y probable, como hemos dicho, sino tan verosímil, que casi puede tenerse por cierto, que en Inglaterra los hombres de Estado que simpatizan con la revolucion, lo hacen con una mira interesada y egoista. Ellos que dominan por la fuerza á las Islas jónicas, sin cuidarse de la unidad nacional de la Grecia: ellos que en la India han empleado el hierro y el fuego contra los rebeldes á la autoridad británica, la cual es por lo menos tan estranjera en aquellas re-

giones, como puede serlo la de los austriacos en Italia: ellos que han prodigado la sangre y los tesoros de la nacion, por sostener al Sultan, cuyo despotismo, por decir poco, no puede ser mas suave que el de los reyes de Nápoles y el de los Grandes Duques; ellos que, hace poco manifestaban su franca oposicion á un ataque contra Venecia, como si Venecia no fuera parte de Italia, y como si la revolucion que ellos justifican en el resto de la Península, no pudiera invocar en su apoyo esos mismos perversos principios, á la orilla de las lagunas, en medio de las cuales está sentada la ciudad de los Dogos: ellos, esos hombres de Estado ingleses, no pueden hacernos creer que su conducta hácia la revolucion italiana, nace de impulsos generosos, ni se guia únicamente por nobles instintos. No, una nacion de mercaderes, no es de creer que haga ni reciba favores, sin calcular cuanto vá ganando.

Pero estos son los hombres de Estado y las gentes de negocio. Detrás de ellos, al rededor de ellos, y en número inmensamente mayor que ellos, están las masas protestantes, llenas de preocupacion y aun de odio contra el catolicismo. La tolerancia, ó mas bien dicho, la libertad de que en Inglaterra gozan los católicos, la obtuvieron á despecho del protestantismo y la gozan, si no nos equivocamos, no como católicos, sino como ingleses. Pero el Papa, no siendo inglés, no tiene ese escudo de defensa; y al contrario, como los protestantes no olvidan, ni aprenden nada, á pesar de que los tres siglos últimos de la historia y particularmente la de Pio VI y Pio VII, que es de ayer, les están demostrando la inutilidad de los esfuerzos que se hacen para aniquilar el Papado, muchos de ellos sin duda esperan que ahora la revolucion le hará desaparecer; y que,

desapareciendo el Papa, quedará destruido el catolicismo.

Ni se crea que solamente discurran así los oscuros fanáticos ó la plebe ignorante. *El Times*, que tiene la pretension de ser el órgano mas genuino de la opinion inglesa y de primer periódico de la Inglaterra, y aun del mundo, nos suministra pruebas de que la porcion *mas ilustrada,* ó que se reputa á sí misma tal, entre los protestantes ingleses, abriga esas esperanzas y sueña en el cumplimiento de aquel deseo. Para no ser difusos, nos referiremos tan solo á los artículos que recientemente ha publicado ese periódico, del fondo de su propia redaccion, sobre la alocucion de Su Santidad, en el último Consistorio, y sobre el folleto que vió la luz pública en París bajo el título de «Emperador y Papa.» *El Times*, con toda su *gravedad,* creyó posible que, en el siglo XIX, hiciera Napoleon III, lo que en el siglo XVI ejecutó Enrique VIII; y sin tomar en cuenta la diferencia de tiempos y el cambio de circunstancias, el periódico inglés discutió largamente el proyecto, no solo aprobándolo, no solo aduciendo cuantos antecedentes históricos le parecieron favorables, sino manifestando su deseo, su ansia, y hasta una especie de pueril inquietud, por ver cuanto antes la tiara en la cabeza de aquel á quien en otras ocasiones, califica él de *déspota.* ¿Qué le importa á *El Times*, con tal que el catolicismo reciba un golpe, que se haga mas absoluta, mas ilimitada, irresponsable y tiránica, la autoridad de un Gobierno cualquiera? Por aquí se conocerá lo que vale el *liberalismo* de *El Times*, ese *liberalismo* que se protege en Italia; pero por aquí tambien se echará de ver, cuán profundo es el odio del protestantismo contra la Iglesia Romana. Para mayor comprobacion, véase lo que escribió el mismo periódico sobre la

alocucion del Papa en el último Consistorio. Porque Su Santidad, como es natural y debido, referia y condenaba la persecucion que hoy casi generalmente se hace á la Iglesia; *El Times*, no solo en tono de triunfo, sino con un estilo verdaderamente grosero é insultante, pues decia al Papa: «Viejo (*Old man*) dobla tus vestidos,» se complacia en indicar que habia llegado la última hora del Papado. ¿Qué significa todo esto, sino que al odio mas ciego, se reune un despecho muy parecido á la rábia, odio que fascinado por una especie de embriaguez, nacida de sí mismo, se forja ilusiones y las dá como realizadas?

Pues si de los artículos de fondo, pasamos á la correspondencia de *El Times*, la cual, por de contado, sirve de sabroso pasto á muchos de sus lectores, y aun para no pocos de ellos tendrá lugar de un segundo Evangelio; merecen notarse los colores con que el que le escribe de Nápoles, pinta á Garibaldi, al hombre que se ha quitado la máscara declarando que su mayor enemigo es el Papa, y llamándole *Ante-Cristo*, de modo que ha puesto de manifiesto sus miras anti-católicas. A este hombre le pinta el corresponsal de *El Times*, como mas que hombre, como un *semidios*, diciendo que en la antigüedad, algun pintor ó estatuario, le habria confundido con una divinidad. Y recuérdese que el objeto de esta admiracion, es el hombre que hace poco, firmó un decreto concediendo recompensas á la familia de un *asésino*. Cuando se desciende tan abajo en el fondo de la inmoralidad, de la corrupcion y del cinismo; ¿no está claro que es porque se tiene en el entendimiento una densa venda y porque se alimenta en el corazon una pasion innoble y culpable?

Esa pasion, no lo dudemos, es el odio al catolicismo;

y para confirmarnos en esta opinion, atendamos todavía á otros hechos. Una diputacion de Glasgow fué dirigida al Ministro de Relaciones, Lord John Russell, para manifestarle que aquella ciudad habia contribuido con dinero *por motivos religiosos*, á la revolucion italiana. Cuando se ha hablado de revision del Concordato en Austria, la idea se ha acogido con entusiasmo, porque se esperaba probablemente que de ese modo, volverian á ponerse en aquel Imperio las cadenas del Josefismo á la Iglesia Católica. Cuando unos miserables en España, han tratado ilegalmente de dar un escándalo en favor del protestantismo, en Lóndres se ha celebrado un *meeting* en su favor, resolviéndose en él, implorar *la intervencion* del Gobierno inglés; del mismo Gobierno que se proclama apóstol del principio de *no intervencion*, en virtud del cual se cometen los mayores atentados en Italia contra el catolicismo. En fin, hasta en Méjico, cuando el partido que se decia defensor de la Iglesia, obtenia alguna ventaja, bajaban en Lóndres los fondos mejicanos, los cuales por el contrario subian, cuando alcanzaba una victoria el partido opuesto á la Iglesia.

No creemos necesario decir mas, y aun quizás hemos dicho ya demasiado, para convencer á nuestros lectores de que en la actual crísis de la Iglesia, juega por mucho el protestantismo; y si se toman en cuenta los recursos de que este dispone, se verá que él, á pesar de estar moribundo, es todavía un formidable enemigo. El protestantismo está moribundo, porque no tiene en sí vida religiosa, como lo veremos en el segundo parágrafo de este escrito, bajo el título de *Esperanzas;* pero el protestantismo cuenta con dinero y con la prensa. Contando con dinero, puede apelar á la corrupcion; y contando con la prensa, sino domina la con-

ciencia pública, por lo menos la estravia y la confunde, privando á la causa de la verdad y del órden, del grande y poderoso apoyo, que seria capaz de prestarla una recta é ilustrada opinion. El protestantismo, que no vacila en Inglaterra y en Irlanda, proponer á los católicos miserables que cambien de religion, por una sopa ó un abrigo; ¿dejará de encontrar en Italia séres corrompidos que se vendan á sus designios, por algunos puñados de oro? Quizás son las clases inferiores, aquellas en que de este modo halle menos cómplices el protestantismo. Entre los hombres que han nutrido su entendimiento con doctrinas disolventes, y que llevan en el corazon pasiones que no pueden legítimamente satisfacer, fácil es que no solo los encuentre si los busca, sino que ellos mismos se le vengan á ofrecer. Abogados sin clientela, publicistas sin destino, clérigos y frailes cansados de su condicion, todos estos hombres están tentados á lanzarse en cualquiera movimiento que no los esponen á mucho, porque casi no tienen nada que perder, una vez perdida la moralidad; y si á eso se agrega el sonido atractivo y el deslumbrante resplandor de los metales, no hay que estrañar que tengan lugar inmediatamente las traiciones mas negras y las mas infames apostasías.

Todos estos, como se vé, son motivos de fundados y sérios temores. Ocupémonos ahora de los que deben hacernos concebir los bastardos intereses de los Gobiernos que se dicen católicos. Comenzando por el de aquel soberano que aspira al título de *Hijo primogénito de la Iglesia*, encontraremos que él, no solo ha tolerado que parta de París el golpe que ha herido al Papado con la usurpacion de una parte de su territorio, sino que, por mas que se quiera alegar en su defensa, él y solo él es el verdadero

autor de la actual revolucion italiana. Si él no hubiera prestado su apoyo á la Cerdeña, la guerra con el Austria no habria tenido lugar; y aun despues de esa guerra, si él hubiese séria y sinceramente manifestado al Gabinete de Turin que le abandonaria á las consecuencias de su ambicion, hace tiempo que la paz de la Europa reinaria, descansando sobre el tratado de Zurich, el cual ha venido á ser una letra muerta, porque sin duda la Cerdeña contaba en secreto con la complicidad del Gobierno imperial. De las protestas de este en contrario, de sus demostraciones diplomáticas, nadie hace, ni debe hacer caso, porque en política, como en el trato comun de la vida, no hay regla mas segura que aquella: *«Operibus credite et non verba.»*

Bastan, pues, las obras, para dar á conocer que Napoleon III ha tenido miras hostiles á la Iglesia; y si á eso se agregan sus antecedentes, confírmanse nuestros temores, de que él es uno de sus mayores enemigos. Antecedentes de cuando no era *nada*, pues en 1832, Luis Napoleon hizo la guerra al Gobierno pontificio, juntamente con su hermano, que pereció en la demanda; antecedentes de cuando era Presidente de la República, pues todos tienen presente la carta que entonces escribió á su ayudante Edgar Ney, queriendo quitar á la espedicion de Roma, el carácter que le dió la Asamblea legislativa de Francia; antecedentes, en fin, de familia, pues á mas de lo que hizo su tio contra Pio VII, tenemos lo que han hecho sus primos el príncipe de Canino en 1848 y el conde Pépoli en 1860 contra la Soberania Pontificia. Además, obsérvense otros actos del Gobierno imperial, y se verá en ellos su hostilidad contra la Iglesia. Pero, para no divagar, fijémonos solamente en un punto. Sabido es que la prensa ha

estado y está en Francia enteramente á la merced del Gobierno; y que este, lejos de ser tolerante con ella, la ha tenido tan á raya, que vez ha habido en que se ha hecho *una amonestacion*, por haber escrito contra el *guano* como abono de las tierras. En tales circunstancias, puede decirse con razon, que el Gobierno imperial es para con la moral y la opinion, el editor responsable de todos los periódicos de la Francia. Pues bien, nótese la hostilidad de una parte de la prensa contra la Iglesia; y dígase si un Gobierno que ha tolerado y casi puede decirse que ha autorizado esa hostilidad, es amigo ó enemigo del catolicismo.

De los otros Gobiernos católicos de la Europa, no seria justo ni razonable decir otro tanto; pero sí se debe reconocer que ellos, generalmente preocupados con sus propios intereses, posponen á estos los de la Iglesia. En 1848, hubo un Gobierno, el de España, que propusiera la reunion de los representantes de las potencias católicas, para poner un freno á la impía é ingrata revolucion que obligó á Pio IX á salir disfrazado de la capital del orbe cristiano; y en consecuencia, los ejércitos de tres de esas potencias, entraron en el territorio pontificio y restablecieron la autoridad del Papa. Ahora no ha habido ese apoyo material, ni se ha hablado siquiera de un Congreso con el mismo objeto. El Austria tiene demasiado que hacer en su casa. Nápoles está destrozado por la anarquía. España no puede desafiar á su poderoso vecino. Menos pueden hacerlo Baviera y Portugal. La causa del Papa puede decirse que está abandonada por los Gobiernos católicos. No nos erijimos en jueces de estos. Señalamos un hecho, para que nuestros lectores puedan formar mas cabal juicio de todos los motivos de *temor* que existen respecto al porvenir de la Iglesia,

considerando la cuestion bajo el punto de vista meramente humano.

Vamos, en fin, á indicar otra causa de recelo; y es la indiferencia, la apatía y acaso la complicidad de muchos católicos en la actual guerra contra el catolicismo. Por desgracia existen entre los católicos tres clases de personas. La primera clase es la de los que, por falta de reflexion ó de conocimientos, piensan que ahora solamente se trata del dominio temporal del Papa, y se figuran que el Sumo Pontífice no tiene necesidad de ser soberano de ningun Estado, para ejercer su autoridad en la Iglesia. De ahí la indiferencia. La segunda clase es la de los que formando una idea confusa de que si interesa directamente á la religion la cuestion actual, no obstante creen que ellos no deben hacer nada por su parte, contando con que lo harán otros mas poderosos, como ha sucedido en lo pasado. De ahí la apatía. La tercera clase es la de los malos católicos, que se alegrarian del debilitamiento y aun quizás de la destruccion de la autoridad pontificia, y en esta categoría entran los ultra-regalistas, que siempre están procurando ensanchar el poder del Estado á costa de la Iglesia, y los que de católicos no tienen mas que el nombre; pues viven sin sujecion á los preceptos del catolicismo de modo que para ellos seria una ventaja verle destruido. De ahí la complicidad, sino material, por lo menos moral con sus enemigos.

¿Quién dudará de que entre los católicos, existen estas tres clases de personas? Inútil seria detenerse á probar su existencia, mas no es superfluo dirigir algunas observaciones á esas mismas tres clases de católicos. Los indiferentes deben reflexionar, que los hechos están ya cla-

ramente manifestando, que bajo el pretesto de reformar abusos, para lo cual se dá por indispensable la abolicion del Gobierno temporal del Papa; lo que se pretende es destruir su autoridad espiritual, no solo privando de independencia al Sumo Pontífice, sino poniéndole trabas que él no podrá romper si es súbdito de otro soberano. En primer lugar, ¿de qué vivirá el Papa, si se le priva de los recursos que le proporcionaba su calidad de soberano temporal? Vivirá de una pension del Gobierno sardo, garantizada por los otros soberanos católicos, segun el plan de sus enemigos. Pero, aparte de la humillacion que eso entrañaria para la Cabeza de la Iglesia, humillacion que cubriria de vergüenza á todos los católicos del mundo, ¿qué seguridad hay de que el Gobierno sardo, que se ha burlado descaradamente del derecho de gentes, cumpliera el compromiso de pagar la pension del Papa? ¿Le compelerian á ello las otras potencias que ahora le han dejado y le dejan consumar los mas inicuos atentados? Pero demos que hubiese la mayor fidelidad en el pago de la pension, el que la paga necesariamente tiene bajo su dependencia al que la recibe. Así el mundo católico, tendrá por jefe supremo en lo espiritual al pensionado de un soberano que ayer apenás reinaba sobre un rincon de tierra, rincon que era el hogar de su familia, y él lo cambió por un Estado mas grande, pero inicuamente adquirido y precariamente conservado; adquirido con la alianza de la revolucion, con la ayuda de la perfidia, con violacion del derecho de gentes, con desprecio hasta de los vínculos de la sangre; y conservado cortejando á esa misma revolucion, repitiendo esa violacion del derecho de gentes, consumando el desprecio de las leyes del parentesco y derramando á torrentes la

sangre de los pueblos que se quiere conquistar. De este soberano seria súbdito el Papa, y ¡doscientos millones de católicos creerán libre á su suprema cabeza!!! Si ese hecho se *consumara*, el Papa no podria publicar una bula, establecer una órden religiosa, reformar un abuso, proveer á una necesidad, sino á voluntad de su *carcelero*, por no decir de su *verdugo;* que no seria mucho decir; pues con lo que ha hecho la revolucion en Italia; razonablemente se puede pensar, que si ella llegara á tener en sus manos al Sumo Pontífice, no tardaria en hacerle cambiar la triple corona de tiara por la aureola del martirio.

La materia es tan interesante, que aun queremos hacer acerca de ella algunas otras reflexiones. Supongamos que no tuviera lugar nada de lo que fundadamente se puede temer, en caso de quedar el Papa hecho súbdito del rey de Cerdeña, el cual, á su vez, no es mas que un servidor de la revolucion. Es mucho suponer, es suponer casi lo imposible, pero supongámoslo por un momento, contra todas las probabilidades. En esta hipótesis, el Papa se encuentra en Roma, respirando un aire libre, aunque ya no es soberano de aquel territorio. Los que contra él eran lobos, se han convertido en mansos corderos; y los que respiraban odio y apetecian sangre, inclinan su cabeza para recibir las bendiciones del Padre comun de los fieles, despues de haberle despojado de sus insignias de rey. No os riais; es una mera suposicion. Bien, pero esto pasa, hipotéticamente, en Roma; y hé aquí que á los franceses, á los españoles, á los ingleses, y mucho mas á los católicos que se encuentran á mayor distancia, se les antoja que no es así; y creen que el Papa no tiene libertad, y que lo que hace, no lo hace espontáneamente. No los acuseis de suspicaces.

Uno de los motivos de querella entre Napoleon I y Pio VII, como lo ha recordado muy oportunamente el distinguido literato Mr. Villemain, en su escelente opúsculo sobre esta misma cuestion; era que el Emperador queria arrastrar al Papa, á una hostilidad contra la Inglaterra. En 1848, uno de los motivos porque Pio IX incurrió en las iras de los mismos, á quienes habia colmado de beneficios, fué que el Papa se negó á hacer la guerra al Austria; y con razon, porque siendo el Padre comun de todos los fieles, tan hijos suyos son los austriacos como los romanos. Con estos antecedentes, motivo y no solo pretesto, tendrian los católicos de cualquier parte del mundo, para sospechar que lo que el Papa hacia, si fuera súbdito de Víctor Manuel, no era obra del Pontífice; y ya se descubre, á primera vista, de cuánta y cuán perniciosa trascendencia seria esto, para la unidad del catolicismo. Lo conocen sin duda, sus enemigos; y por eso se prometen, que privado el Papa de su autoridad temporal, será destruida la espiritual; y que destruida esa divina autoridad, que es la base y el centro del catolicismo, esta religion desaparecerá de sobre la tierra. Pero conózcanlo tambien los católicos, para convencerse de que la cuestion es vital; y de que, por lo mismo, no pueden mostrarse en ella *indiferentes.*

Mas, ¿podrán ser *apáticos?* Se dirá acaso que todo lo dicho es cierto; pero que, despues de todo, las esperanzas de los protestantes y las ilusiones de los incrédulos, no pueden realizarse, porque tienen contra sí una divina promesa; promesa de cuyo cumplimiento en lo futuro, es garante la historia de lo pasado. Sin duda, este argumento es fuerte, victorioso, incontestable, pero no es concluyente para justificar la *apatía* de que se trata. Cuando San Pedro

estaba en la cárcel, ya se le habia hecho esa divina promesa; y aunque la Iglesia no dudaba ni un punto de su cumplimiento, sin embargo, toda ella oraba por el Príncipe de los Apóstoles. Desde entonces acá, en casos análogos, siempre ha sucedido lo mismo. Los buenos católicos han abrigado y abrigan la conviccion mas tranquila y profunda, de que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia; pero eso no obstante, cuando la religion se ha visto en peligro, cada uno en su esfera ha procurado hacer algo por ella; el rico ha contribuido con sus limosnas, y el sábio con sus escritos, sin dejar tampoco de unir sus oraciones y buenas obras, á las del pobre y del ignorante, para aplacar la indignacion divina y atraer del cielo las bendiciones sobre los defensores y sobre los enemigos de la Iglesia. Sí, sobre sus enemigos, porque ella, á imitacion de lo que hizo su Divino Esposo en la Cruz, ruega por los que la persiguen; y su mas ardiente anhelo es por que se conviertan sus hijos estraviados, y porque sus verdugos vengan á encontrar en su seno la luz y el amor de que carecen. No pueden, pues, los católicos ser *apáticos* en estas circunstancias, por la confianza en la divina promesa.

Tampoco pueden serlo, esperando que otros harán lo que ellos omiten en favor de la Iglesia. Esta, como se ha visto, poco puede prometerse actualmente de los Gobiernos católicos; pero todo, despues de Dios, debe esperarlo de sus hijos. Y por cierto que, como veremos en la segunda parte de este escrito, no es vana su esperanza; pues en todas partes se elevan plegarias al cielo en favor de la Santa Sede, se levantan voces autorizadas y elocuentes para defender sus derechos, y se colectan fondos para so-

correr sus necesidades. Sí, hoy la Iglesia, con mayor razon que la madre de los Gracos, puede decir á las sectas separadas, lo que aquella noble romana decia á las otras damas que le preguntaban por sus joyas: *aquí están*, señalando á sus hijos. Pero no anticipemos lo que mas adelante debemos manifestar con mayor estension, como una de nuestras mayores esperanzas para el porvenir. Concluiremos sí, respecto á los *apáticos*, diciendo: que su deber y su honor los obligan á dejar de serlo en esta causa. Su deber, porque lo es de los hijos ayudar á su madre; y su honor, porque cuando generalmente los demás lo cumplen, es mayor vergüenza dejar de cumplirlo.

En la tercera categoría de personas que hemos indicado arriba, escogeremos únicamente á los ultra-regalistas, para dirigirles algunas palabras; pues á los católicos, que solo tienen de tales el nombre, mientras que abrigan opiniones diametralmente opuestas á los dogmas de la Iglesia, y forman votos en su corazon por la ruina de esta, seria tiempo perdido, humanamente hablando, querer convencerlos. Reservamos á Dios, para quien no hay imposibles, disipar la niebla que los envuelve, trasformar sus sentimientos y purificar su conducta. Mas entre los regalistas, hay algunos que lo son, profesando al mismo tiempo la fé católica en toda su integridad; y ellos son dignos de que con todo respeto, sometamos á su consideracion algunas observaciones.

La primera es, que si ellos creen ver en la disminucion del poder de la Iglesia, un aumento al poder del Estado, se equivocan lastimosamente. La revolucion que bate en brecha la autoridad del Papa no puede amar la de los reyes, ni respetará autoridad alguna, que quiera man-

tener el órden; cualesquiera que sean, su orígen, su forma y su nombre. No, no es cuestion de monarquía absoluta ó templada, de aristocracia ó de democracia: y si lo dudais, observad como la actual revolucion hace alianza con el absolutismo; le respeta, le besa los piés en Francia, porque la ayude en Italia á destruir otros Gobiernos, cuya falta para ella, no es ser absolutos, sino ser enemigos de sus planes. ¡Cuántos de los mismos que aplaudieron á Orsini, ensalzarán ahora al que iba á ser su víctima! No es esto nuevo en la revolucion: si no ved como ella ahora no puede pronunciar sin cólera el nombre de Borbon, pareciendo que ha jurado no dejar ni á un solo individuo de esa familia en ningun trono de la Europa. Que sea la víctima un niño inocente, como el Duque Roberto de Parma: que lo sea una mujer indefensa, como la madre de aquel Príncipe, eso no le importa. No se trata de juzgar ni de condenar por hechos propios, se trata de concluir políticamente con una raza. Pero, aquí es donde llamamos toda la atencion de los regalistas, recuérdese que esta misma familia de Borbon, creyendo afirmar y ensanchar su autoridad, sirvió á la revolucion, la preparó el terreno y quitó la barrera que pudiera haberla contenido en el siglo pasado. Recuérdese lo que Luis XV en Francia y Cárlos III en España, hicieron ó dejaron hacer, en nombre de las regalías, contra la Iglesia: y véase como los Borbones, habiendo sembrado vientos, han cogido tempestades. De este modo, y por una de esas pruebas que en dialéctica legal, se llaman *á contrario*, viene á confirmarse la profunda verdad con que el ilustre vizconde de Bonald dijo: «Que la autoridad del Estado gana en fuerza, cuanto concede á la autoridad de la Iglesia.»

Parécenos que en esta primera parte, si no hemos acertado á enumerar y evaluar todos los motivos de temor que inspira la actual crísis, por lo menos hemos indicado los principales, sin disimular su gravedad, ni disminuir su importancia. Volvamos ahora la medalla, para ver cuáles son los fundamentos de nuestras esperanzas.

II.

Esperanzas.

No por amor del antítesis, sino en obsequio de la claridad, las enumeraremos por el mismo órden en que hemos hablado de nuestros temores.

El primero de estos nace de los ataques de los incrédulos. Pues bien, en eso mismo fundamos una esperanza. Hay, y ha habido incrédulos, aunque no lo sean mas que de profesion y de nombre; porque, como hizo observar Bacon, la inquietud interior que los agita, les hace buscar cómplices en el esterior, como si el aumentar el número de desgraciados, pudiera disminuir la infelicidad propia. Mas sea por este motivo, ó sea porque en realidad han conseguido algunos hombres apagar para sí mismos, en el fango de sus pasiones, la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; lo cierto es que, por valernos de una elocuente espresion de Burke, hoy como á fines del siglo pasado, hay en Europa muchas personas, que á fuerza de levantar una grande y densa polvareda, logran no ver el sol, y proclaman en seguida que el sol no existe, pero esta manía por mucho que se estienda, y siquiera se haga epidémica, no puede domi-

nar á todos los hombres. No, el género humano no puede ser incrédulo; porque desde que el dedo paternal de Dios imprimió su ley en el corazon del hombre, cual en blanda cera, ese sello quedó allí impreso como si estuviera esculpido en bronce. Lo que Tertuliano decia en el siglo III, es igualmente cierto en el XIX, y lo será en todos los siglos: «El alma humana es naturalmente cristiana.» El hombre tiene necesidad de luz y de amor. De una luz increada, infinita, que bañe todos los horizontes en que, mas allá del espacio y del tiempo, se lanza esa alma, no encontrando en sí misma, ni en nada de lo creado, un pábulo suficiente. De un amor, puro, sublime, sin término, que en nada se parezca á los amores egoistas, imperfectos y variables de la tierra. La humanidad, que antes de Jesucristo suspiraba y gemia por la satisfaccion de estas apremiantes necesidades, las ha satisfecho en Jesucristo; pero en Jesucristo viviendo en su Iglesia y dilatándose por ella, al través de los siglos y por toda la sobrehaz de la tierra, para poder decir á cada uno de los que anhelan por la verdad y ansian por el amor: *Héme aquí*. Existiendo, pues, esta necesidad, no pudiendo ella satisfacerse sino por la Iglesia, siendo indispensable para que haya Iglesia que tenga una cabeza, y que esta cabeza sea independiente, respetada y obedecida; concluimos lógicamente que por mas que conspiren los incrédulos, habrá un Papa, una Iglesia y una religion, para corresponder á esa necesidad grande, apremiante, indeclinable de la humanidad.

En segundo lugar hemos indicado los esfuerzos del protestantismo, como uno de nuestros motivos de temor; mas ya se observaria que al tocar este punto, dijimos que

el protestantismo no tiene en sí vida religiosa. Para los católicos sinceros y fervorosos, esta verdad se demuestra por una razon *à priori;* pues separado el protestantismo del tronco de la Iglesia, por el cual únicamente puede comunicarse la vida á las ramas, todas las que no estén unidas á él, deben secarse y morir. Pero no nos limitemos á este argumento, aunque fundado en aquel concluyente pasaje del tierno y admirable discurso, que dirigió Jesucristo á sus Apóstoles en la noche de la Cena: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: si permaneciereis en mí, hareis mucho fruto.* Cuando hemos tomado la pluma, creiamos que hablabamos no solo con personas piadosas y convencidas, sino tambien con algunas otras que, por desgracia, necesiten de otros argumentos que los de autoridad, para convencerse. Creyendo lo mismo ahora, vamos á presentar por testigos del punto particular de que nos ocupamos, algunos protestantes que no pueden ser tachados, ni de aversion al protestantismo, ni de parcialidad hácia la Iglesia Católica.

Esos protestantes son de dos clases. Los unos, hombres de *progreso*, por emplear la frase que está de moda, escriben en los *ensayos* y *revistas*, que hoy mismo hacen tanto ruido en Inglaterra, ocupando al público, atrayendo la censura del púlpito anglicano y provocando la reunion del clero de la Iglesia establecida para pedir que se reprima á sus autores. Estos son clérigos protestantes, que profesan por base de su religion la Biblia; y sin embargo, en la publicacion citada (*Essays and Reviews*), están escarneciendo á la Biblia y presentándola al publico como una cosa ridícula. Así es que sus mismos colegas no vacilan en calificar de *inficles*, esto es, de incrédulas, las tenden-

cias de esa publicacion; y son diversos, pero todos ineficaces, los remedios que se proponen para atajar ese mal, que ha atacado á las dos célebres Universidades de Oxford y Cambridge, amenazando infestar á todo el clero jóven que en ellas se forma para la Iglesia anglicana.

Pero si la existencia de ese mal, es ya un indicio de la falta de vida religiosa en el protestantismo, los remedios que se proponen para curarle, no demuestran menos que el protestantismo, como religion, está muerto. Los unos, que son los puseistas, y estos tienen por órgano el periódico titulado *The Union*, reconociendo en aquel mal una comprobacion de la verdad con que se ha dicho que el protestantismo conduce á la incredulidad, hasta se avergüenzan del título de protestantes; y proponen como único remedio eficaz que se vuelva al catolicismo, con tal de que no se reconozca la autoridad del Papa. Públicamente y sin reserva predican estos escritores en su periódico, el dogma de la presencia real en la Eucaristía, la confesion auricular y hasta la necesidad de las órdenes religiosas y del celibato del clero. Esto es reconocer donde está la vida, es decir, en la Iglesia Católica, y tambien esto es confesar que el protestantismo no la tiene, pues carece de esas cosas, las abjura oficialmente y las hace objeto de su desprecio y de su odio.

Menos avanzada que la fraccion cuyo órgano es *The Union*, otra parte del clero anglicano se limita á declamar en el púlpito, como lo hizo el Dean protestante de Winchester en las *ordenaciones* de Diciembre, contra los *ensayos* y *revistas;* ó como lo han hecho algunos clérigos de Lóndres en estos mismos dias, se reunen en *meeting*, censuran aquella publicacion y resuelven representar á sus

Obispos protestantes contra la irrupcion de la incredulidad en el establecimiento anglicano. Pero ¿qué esperanza tiene este de salvarse por ese medio, cuando de algun tiempo á esta parte, por temor de que la tendencia de la *alta Iglesia*, esto es, de la que adopta mas ó menos los principios del *The Union*, el Gobierno escoge á los nuevos *Obispos* entre los adictos á la *baja Iglesia?* Así es que en esa misma reunion del clero protestante en Lóndres, se vió que un Ministro, acabado de nombrar por el *Obispo* de Lóndres para un beneficio de la misma capital, se levantó á protestar contra la calificacion de *infiel* ó *incrédula,* que hacian los otros de la tendencia de los *ensayos* y *revistas.* De este modo, se hacen evidentes la simpatía del mismo *Obispo* hácia los que escriben en aquella publicacion. ¡Y á ese *Obispo* van á representar los del *meeting* para que ponga remedio!

Finalmente, hasta un incidente tan escandaloso como ridículo, ocurrido en estos mismos dias entre dos clérigos graduados de la Universidad protestante de Cambridge, prueba la misma verdad que vamos demostrando. Uno de ellos atacó al otro, armado con un látigo de montar á caballo; y sacudiéndole doce ó catorce golpes, dice que lo hizo en honor de nuestro Señor Jesucristo, porque el paciente habia suprimido el nombre santo del Salvador, al bendecir la mesa, por deferencia á un judío que se hallaba presente. Leyendo el acta del juicio que se acaba de celebrar en la Universidad, para castigar este hecho, se deben hacer algunas reflexiones, bien tristes por cierto para el protestantismo. Primera, este suceso ha ocurrido, no en una aldea oscura y entre predicantes improvisados, sino en el seno de una de las dos más ilustres Universidades de

Inglaterra, entre dos Ministros de graduacion, de donde se puede colegir lo que será el clero protestante inferior en rango y menos instruido, si el ilustrado es capaz de un proceder semejante. Segunda, que este hecho demuestra por el motivo que le ocasionó, es decir, por la reticencia del Santo Nombre del Salvador, en obsequio de un judío, cuán poca fé tiene una parte de ese clero en lo mismo que predica. Tercera, que la conducta fanática y ridícula del agresor, y mucho mas la justificacion que pretendió hacer de su conducta ante los jueces, indican que ese mismo clero ha perdido el espíritu de Jesucristo, que era todo de mansedumbre y caridad. En efecto, sino es *cristiano* en uno que se dice Ministro del Evangelio, avergonzarse del nombre de Jesús, ó temer pronunciarle por *respeto humano;* tampoco es cristiano vengar á latigazos esa afrenta al Divino Salvador, alegando para justificar este esceso, que si los clérigos protestantes que iban á juzgarle, hubieran visto injuriadas á sus esposas ó á sus hijas, tambien habrian procedido á vias de hecho.

Lo dicho basta para demostrar, que en Inglaterra, como en los Estados Unidos, está teniendo lugar aquel movimiento doble y en sentido opuesto, que Mr. de Tocqueville señala en su obra sobre la *Democracia en América.* Ese movimiento, en los que tienen por incómodo el yugo de la religion, los conduce, sin detenerse en el protestantismo, hácia la incredulidad; pero «los que tienen una religion, encuentran en sí mismos un instinto oculto que, sin saber ellos cómo, los conduce hácia el catolicismo.» Por eso, concluye con esta prediccion, aquel ilustre publicista, de cuya obra citada decia Royer Collard, que despues de Montesquieu, no habia parecido otra igual: «Me

inclino á creer que nuestros nietos, tenderán mas y mas á no dividirse mas que en dos partes; saliendo los unos enteramente del cristianismo, entrando los otros en el seno de la Iglesia Romana.» (*De la Dem. en Amérique, tome III, pág.* 54 *et* 55.)

Por lo mismo nosotros fundamos en el estado actual del protestantismo, una grande esperanza para el porvenir de la Iglesia Católica. A los protestantes que se hagan incrédulos, ó que lo son sin confesarlo, aplicamos lo que hemos dicho de los incrédulos declarados. De los que al contrario, van retrocediendo delante del abismo de la incredulidad, á que los arrastraba el protestantismo, esperamos que acaben por reunirse francamente á la Iglesia Católica, como lo han hecho en Inglaterra los Newman, los Faber, los Manning, los Wilberforce, en los cuales no se sabe que admirar más, si la ciencia ó la piedad. En Alemania se descubren síntomas análogos. Ranke y Wight, ambos protestantes, han escrito admirablemente en favor del catolicismo. Hurter, no solo ha escrito, sino que se ha convertido. Ultimamente, *Leo*, uno de los hombres mas eminentes por su saber y por su posicion entre los protestantes, ocupándose de los ataques que se dirigen contra el poder temporal de la Santa Sede, ha escrito estas notables líneas en el periódico titulado *Wolksblath* de Halle. «No puede dudarse, dice el célebre doctor, de qué lado están nuestras simpatías; puesto que cada victoria que gane la Iglesia Católica, será una victoria sobre los que han abandonado su deber. Todo cristiano evangélico debe sentir una especie de envidia, al ver tantos Obispos, canónigos y sacerdotes delante de los tribunales piamonteses, por haberse negado á cantar el *Te-Deum* en honor de la rapiña y del

despojo. Contémplese á la Italia. Es verdad que la persecucion organizada por el Piamonte, solamente ha atacado al principio la forma esterna de la Iglesia, á saber, la propiedad eclesiástica y el poder temporal del Papa; pero en realidad, la agresion va dirigida contra su autoridad espiritual. Porque para el mundo católico, el Papa es el Vicario de Jesucristo, de consiguiente és contra el reino del mismo Jesucristo, que se rebelan hoy algunos católicos, cuando se levantan contra el poder del Romano Pontífice. Es en defensa de la independencia apostólica del Papa, que se ha conmovido el mundo católico, protestando unánimemente por medio de los Obispos, del clero, y con pocas escepciones de la masa del pueblo. Por esto se ha resucitado el *Dinero de San Pedro* (las suscriciones pecuniarias para Su Santidad); y por esto tambien, algunos jóvenes valientes, se han alistado bajo la bandera del intrépido Lamoriciere. Si la Iglesia Católica, que ahora está en afliccion, puede salir de ella con sus propios recursos, el elemento revolucionario habrá recibido un golpe mayor que el que la dieron las violentas represiones de 1848, y la Iglesia Católica alcanzará un triunfo, tal cual no le ha tenido hace cinco siglos. El espíritu conservador no puede existir sino en la religion cristiana; y es por esto que nosotros, aunque protestantes, hemos abrazado la causa del Papa, á despecho del liberalismo y de los lugares comunes de nuestos periodistas.»

Pudieramos concluir aquí, con esta cita elocuente del gran escritor protestante, á lo menos por lo relativo al protestantismo; pues creemos que lo espuesto basta para justificar del todo la esperanza que sobre este punto hemos manifestado. Pero, aunque no sea necesario, tampoco es

inútil llamar la atencion de nuestros lectores, hácia la aptitud de otro ilustre escritor protestante, cuya autoridad es tambien la de un eminente hombre de Estado. Aludimos á Mr. Guizot, el cual no solo con palabras elocuentes, sino con un hecho significativo, esto es, contribuyendo pecuniariamente á la suscricion para el Papa, ha mostrado su simpatía hácia el ilustre Pontífice. En cuanto á sus palabras, muy notables son las que se encuentran en el tercer tomo de sus *memorias* recientemente publicado; y en especial las siguientes, que harán bien en meditar los regalistas. La Iglesia y el Estado no se hallan verdaderamente en buenas relaciones, dice el ilustre historiador y publicista, si no cuando se tienen por seguros de que recíprocamente no profesan á sus principios esenciales y á sus vitales destinos ninguna hostilidad..... Se cree comunmente en nuestros dias, que cuando se ha asegurado á la Iglesia el pleno ejercicio de su culto, cuando se ha provisto á sus necesidades y se le ha manifestado un benévolo respeto, se ha hecho en su favor todo lo que ella puede desear; y que se tiene derecho á esperar de ella, todo lo que entre aliados se puede pedir. El error es profundo. La religion no se contenta con que se la considere como un medio de órden y de una grande utilidad social. Ella tiene una idea mas alta de su mision, tiene necesidad de creer que sus aliados políticos, son tambien sus hijos fieles, ó por lo menos que comprenden y respetan su divino carácter. Cuando no está intimamente persuadida que estos son los sentimientos íntimos hácia ella, la Iglesia se mantiene en reserva, y *aun haciendo su deber*, no presta su adhesion.»

Aunque no hubiera dicho mas que esto Mr. Guizot, claro está que él opina por la independencia del Sumo Pon-

tífice, la cual no puede existir sin la conservacion de su poder temporal; porque si los Obispos y eclesiásticos, que forman la Iglesia en cada Estado, tienen derecho y necesidad de esa independencia respecto á su propio Gobierno, como se indica en el citado pasaje, con mucha mayor razon y por una mas apremiante necesidad, tiene que ser independiente el Obispo de los Obispos, el Jefe supremo de la Iglesia. Pero el ilustre historiador, el orador elocuente, el estadista consumado, Mr. Guizot, no nos ha dejado atenidos á esta deduccion, aunque tan natural y concluyente, para saber cuál es su opinion en cuanto á los ataques que la revolucion italiana dirige contra el Papa. Su discurso de contestacion al del R. P. Lacordaire, cuya recepcion en la academia francesa ha sido un verdadero *acontecimiento*, no puede ser mas esplícito en favor del Papa y contra la revolucion. Así es que la prensa revolucionaria, desconcertada por las elocuentes palabras de ambos académicos, y mas por el entusiasmo con que las acogió el distinguido y numeroso auditorio que estaba presente, por la adhesion que han encontrado en el público, y mucho mas por la verdad que entrañan, vomita contra ellas el veneno de su odio, viendo que en vano afectaba despreciarlas.

Quizás nos hemos estendido ya demasiado, molestando á nuestros lectores con citas harto prolongadas; pero como los personajes que hemos hecho hablar son mas autorizados sin comparacion que nosotros, creemos hacer bien cediéndoles el puesto. Ahora permítasenos ocuparlo nosotros, solo para introducir á otro personaje no menos autorizado, elocuente é ilustre, como el actual Prelado de Orleans, el cual nos hará una pintura del Estado del catolicismo en Francia, que nos convencerá

de que si en aquella nacion hay católicos malos, apáticos é indiferentes, los hay tambien fervorosos, decididos y fieles aun en mayor número, y así el *temor* que nos inspiraba la existencia de aquellos, queda mas que compensado con la existencia de estos.

«Yo me complazco en estudiar las inspiraciones del espíritu cristiano y las maravillas de la fé,» dice este célebre Prelado en el último número de la acreditada revista *Le Correspondant;* «yo amo esa grande edad media, tan complicada, pero tan creyente, con sus grandes Papas, sus grandes Obispos, sus santos inmortales, sus grandes monges, sus valientes y piadosos caballeros; admiro los trabajos de esos hombres que han civilizado cien pueblos bárbaros, desmontado el suelo de la Europa, salvado las obras maestras de la antigüedad, cantado la epopeya de las cruzadas, construido las Catedrales góticas, preparado los tiempos modernos; bendigo á los pacientes historiadores que á costa de nobles trabajos, nos recuerdan esas grandes memorias y resucitan ese pasado desvanecido, con una autoridad tanto menos incontestable, cuanto que es mas severa y nada disimula. Pero no olvido que soy de mi tiempo, y que la necesidad de honrar lo pasado, jamás debe impedir que se haga justicia á lo presente; ni olvido tampoco que Jesucristo ha prometido estar con su Iglesia todos los dias, *omnibus diebus,* hasta la consumacion de los siglos; que su presencia en ella no puede ser vana; y que segun la hermosa espresion de Bossuet, *la Iglesia no está agotada en su ancianidad.* Me complazco, pues, en buscar al rededor de mí las huellas de Jesucristo, las obras de su omnipotencia, los testimonios de su accion; y es para mí un profundo consuelo, en medio de las amarguras

del tiempo en que vivo, hallar donde descansar mis ojos y mi corazon. La Iglesia de Francia me dá este consuelo. La veo abatida y como aniquilada, en principios de este siglo; y cincuenta años despues ella reconstruye todos sus templos, *sesenta mil Iglesias*. A pesar de las mas temibles oposiciones, restablece, dota y puebla todas las escuelas del Santuario, *trescientos grandes y pequeños seminarios*. No obstante todas las preocupaciones del siglo, resucitan con el fervor de su espíritu primitivo, las antiguas órdenes religiosas; los hijos de San Benito, de San Bruno, de San Bernardo, de San Francisco, de Santo Domingo, de San Ignacio, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz; las sociedades de San Sulpicio, de San Lázaro, del Espíritu Santo, de las Misiones estranjeras, de los oratorianos, los hermanos de San Juan de Dios y esos ocho mil hermanos de las escuelas cristianas derramados por todo el mundo para la educacion gratuita de los hijos del pueblo. Ella crea nuevos institutos, que rivalizan en celo con los antiguos; los Maristas, los Oblatos de Marsella, los Padres de la Misericordia, los Sacerdotes de Picpus y del Sagrado Corazon de María, sin hablar de esas numerosas compañías de Misioneros que evangelizan nuestras diócesis. Ella ha multiplicado sobre todo, mas de lo que nunca se habia visto, las congregaciones religiosas de mujeres consagradas á la contemplacion y al servicio de los niños, de los pobres y de los enfermos, congregaciones á cuyo frente es necesario poner esas *diez mil* hermanas de San Vicente de Paul, cuya consagracion bendicen los desgraciados de casi toda la tierra. Y el espíritu derramado sobre estos santos institutos, es de tal manera el de Dios, que ellos aparecen mas florecientes hoy que nunca, en ningun siglo del

cristianismo. Bien sabe la Francia que á estas horas, ella tiene en su seno *cien mil religiosas,* que educan á las niñas, cuidan á los enfermos y hacen sentir continuamente á los mas abandonados, la ternura, el corazon mismo de la Iglesia. Sin embargo, en medio de esos innumerables sacrificios, la contemplacion no perece, y las hijas de San Francisco de Sales, de Santa Ursula, del Calvario, de Santa Teresa (nuestras amadas carmelitas), de Santa Clara y tantas otras consagradas á la vida contemplativa, son tan numerosas como nunca, y en esos profundos é inaccesibles retiros, donde el Señor las ha acogido bajo la sombra de sus alas, se las oye de lejos, cantar, orar y gemir por los pecadores. Jamás fué la vida religiosa mas pura, la mortificacion mas austera y la intercesion mas fervorosa. Hé aquí las que oran por el mundo, las que en el siglo XIX salvan al mundo!» Luego alude el elocuente Obispo al carácter de universalidad que toman las obras de la Iglesia de Francia, como la de la propagacion de la fé, la de la Santa infáncia y las conferencias de San Vicente de Paul, «que fundada por unos estudiantes, los cuales apenas acababan de hacer su primera comunion, hoy tienen en su seno tantos hombres del mundo, que hacen por los pobres lo que antes no se hacia; pues no solo les dan limosna, sino su corazon, visitándolos, entrando en el exámen de sus necesidades, anticipándose á ellas, compadeciendo todos los dolores, enjugando tantas lágrimas, y cuando es necesario, llorando con los que lloran.» Los siglos precedentes no habian conocido nada igual, concluye el Prelado, cuando se contemplan esas maravillas contemporáneas, á pesar de los peligros actuales, se siente uno lleno de consoladoras esperanzas y esclama; No, la Francia no está abandona-

dia de Dios. Ella puede decir, que en los tiempos mas malos, Dios siempre le ha dado alguna señal favorable, *Signum in bonum.*»

Ni se crea que asi piensa solamente un eclesiástico tan interesado en hacerse ilusiones, como en crearlas en otros. El nombre de Monseñor Dupanloup como literato, figura honrosamente al lado de los primeros nombres de la Francia; y su autoridad como Obispo, le pone á cubierto de semejante sospecha. Además, él arguye con hechos notorios y presenta datos estadísticos, que nadie puede negar; pero por si aun alguno se siente inclinado á resistir á tanta evidencia, presentaremos otros tres testimonios de seglares respetables. Mr. Augusto Nicolás, en el prefacio á la tercera parte de sus *Nuevos estudios sobre el Cristianismo,* digna y hermosa continuacion de los primeros que tanto bien han hecho en todas partes, llama la atencion hácia el progreso del catolicismo en Francia; el cual, á su juicio, es aun mayor y mas profundo de lo que aparece. Mr. de Pontmartin, en una razonada revista de la obra que ha publicado Mr. de Sainte Beuve bajo el título de «Chateaubriand y el grupo literario de su tiempo,» advierte que ni este último escritor ni los demás que se mantienen fuera del movimiento religioso de la sociedad, pueden calificarle, ni deben ser creidos cuando hablan de él con desden; porque su misma posicion, por no decir su hostilidad, hace que carezcan de datos exactos para apreciarle. En efecto, aun prescindiendo del interes que tiene el que no practica la religion, el que la considera y trata como enemiga, en hacer creer que todos desertan de sus banderas: ¿cómo puede él saber si otros la practican, si él nunca vá á los templos, ni asiste á las obras de caridad, ni

toma parte en las empresas de cristiana beneficencia? ¿Qué juicio puede él formar del estado de la literatura religiosa, si prevenido contra ella y acaso huyendo de la luz, jamás abre un libro perteneciente á ella; ó si le abre es ya con una prevencion malévola ó con una determinacion formada, de resistir á sus demostraciones y de encontrar ahí faltas?

Dicho esto para que los lectores se precavan del error á que tienden á inducirlos muchas publicaciones de la prensa, especialmente de la prensa periódica, una parte de la cual no es otra cosa que eco de la revolucion é instrumento de anarquía, así como otra parte está públicamente unida al despotismo; oigamos, por último, á otro muy autorizado testigo, sobre la verdadera situacion del catolicismo en Francia. El sábio jurisconsulto Mr. de Vatimesuil, que murió en fines del año próximo pasado, dejó sin concluir un escrito, sobre «Los intereses religiosos de la política francesa,» en el cual, hablando como quien ha presenciado los hechos y observado la concatenacion lógica de ellos, dice entre otras cosas lo siguiente. «Desde el Concordato, los sentimientos y la vida cristiana han seguido una marcha progresiva, especialmente en las clases superiores de la sociedad. El clero es instruido, celoso é irreprensible en su conducta. El número de personas que abrazan la vida religiosa se aumenta cada año. Los misioneros franceses van á predicar el Evangelio y á llevar la luz de la civilizacion hasta las estremidades del mundo. Los recursos de la obra de la Propagacion de la Fé, fundada sobre contribuciones voluntarias, se aumentan considerablemente. Las escuelas de los Hermanos se multiplican. Las admirables Hermanas de San Vicente de Paul, no solamente proveen á las necesidades interiores de la Francia, sino

que tambien derraman sobre toda la tierra, los beneficios de su inagotable é inteligente caridad. Las pequeñas Hermanas de los pobres, alimentan y cuidan á los ancianos con recursos pecuniarios tan ténues, que la existencia de sus piadosos establecimientos parece inmediata á la miseria. La sociedad de San Juan Francisco de Regis, trabaja en regularizar las uniones ilícitas y en legitimar á los niños. Existen, bajo el tierno nombre del Buen Pastor, asilos para recoger y reducir al buen camino, á los pobres séres degradados del otro sexo. La religion, con su fuerza reparadora, penetra hasta en las cárceles y en los presidios, formándose bajo sus auspicios colonias agrícolas, para corregir á los jóvenes estraviados. Por todas partes se han formado asociaciones de proteccion para los aprendices y para los trabajadores, casas de educacion profesional, reuniones de operarios piadosos; y se han organizado para los soldados, medios de enseñanza religiosa y de instruccion primaria. Las sociedades de San Vicente de Paul, emplean en obras de caridad las horas desocupadas de una juventud ilustrada. Un número inmenso de señoras se ocupan del alivio, del consuelo y de la moralizacion de los indigentes. Todas estas obras, de las cuales no es este mas que un bosquejo, mejoran bajo el punto de vista religioso y moral, no solo á los séres pacientes que reciben los socorros, sino tambien á las personas benéficas que los distribuyen. Agreguemos, que el espectáculo que ellas presentan, es una grande enseñanza para el pais: el cual vé en ellas ejemplos que se pueden llamar brillantes, á pesar de la humildad de los que los dan, y ejemplos tambien de celo, de sacrificio, de abnegacion y de amor á la humanidad. Esa es una moral en accion que combate mejor que

los discursos y los libros, las tendencias egoistas y sensuales, esto es, uno de los grandes males de los tiempos modernos.» «Hé aquí, concluye Mr. de Vatimesuil, he aquí lo que se ha hecho en medio siglo, lo cual me parece destinado á tomar nuevos desarrollos, pero con una sola condicion, á saber, que se deje á este impulso generoso una completa libertad.»

Aquella feliz y exacta espresion de Mr. de Vatimesuil: «Esa moral en accion combate mejor que los discursos y los libros las tendencias egoistas y sensuales de la época;» puede lógica y concluyentemente amplificarse diciendo, que esa misma moral en accion, demostrando cuán generalmente estendido y cuán profundamente arraigado está el catolicismo en Francia, prueba cuán infundadas son las esperanzas de los que sueñan en ver destruida aquella religion divina por medio de la Francia. Conócenlo así aun sus mas fanáticos adversarios, en algunos lúcidos intervalos; y de ahí procede que veamos, por ejemplo, á *El Times* que acogió con aplauso la idea de que el emperador Napoleon se hiciese Papa, insertar á pocos dias en sus propias columnas, la declaracion que hizo el diario oficial del Imperio, de que esa y otras análogas ideas *son insensatas*. De ahí tambien que el corresponsal del mismo periódico, analizando el último folleto contra el poder temporal del Papa publicado por Mr. de la Guerroniere, cuando este escritor pretende hacer un mérito al Emperador, de «haber restituido al culto la Iglesia de Santa Genoveva, dotado las catedrales, favorecido á las parroquias y honrado al clero llamando á los cardenales al senado,» hace una observacion, que sin duda tiene mas alcance del que quiso darle el mismo corresponsal de *El Times*. Dice este

que todo eso lo ha hecho Napoleon III por la obligacion que tenia para con el clero, *al cual debió su eleccion de Presidente de la República*; y porque le interesaba tenerle propicio *para que apoyase el restablecimiento del imperio*. Luego el clero representa y ejerce, no solo un poder verdadero, sino un poder preponderante en la sociedad francesa. Luego, á menos de querer hundirse, el imperio no puede romper con ese poder, como sucederia si intentase de una manera abierta destruir el poder del Papa; pues hoy, lo que se llamó *galicanismo* está muerto en Francia. El clero superior é inferior se encuentra íntimamente unido con Roma, siendo notable que el Obispo de Orleans, el cual es reputado por uno de los menos ultramontanos, sea el que de una manera mas elocuente y decidida ha defendido el poder temporal del Papa.

Pero no es solo el clero el que ha tomado parte por el Papa en el actual conflicto. Los escritores eminentes que se han distinguido en todo tiempo por su adhesion á la causa del catolicismo y de la verdadera libertad, como Montalember, de Falloux, de Carné, etc. (a); y lo que es mas notable todavia, hombres por otra parte muy autorizados, pero que antiguamente se habian mostrado mas ó menos hostiles á la Iglesia, como Thiers, Cousni y Villemain, no han vacilado en declararse franca y abiertamente en esta ocasion, á favor del poder temporal del Sumo Pontífice. ¿Qué significan al lado de estos hombres, *los oscuros escribas* de la prensa imperial, como los llama la prensa inglesa, justamente indignada al ver á esos hombres, quizás tránsfugas de otros partidos, tal vez apóstatas de otras opiniones, republicanos ayer, absolutistas hoy, prontos á acoger con una salva de aplausos cualquie-

ra medida ó palabra de su señor, como el cañon de los inválidos hace salva en cualquiera fiesta pública, segun otra espresion exacta de la misma prensa inglesa? En comparacion de los escritos llenos de razon y de elocuencia, que aquellos hombres, cuya palabra es por sí sola una autoridad, han dado á luz en defensa del Papa y contra la revolucion, ¿qué valen los folletos, plagados de antilogias y de contradicciones, en que se ataca al Sumo Pontífice?

Para que se vea que no exageramos, y porque toca al fondo mismo de la cuestion que nos ocupa, permítasenos decir algunas palabras sobre el último de esos folletos, que es el que acaba de publicar el citado Mr. de La Guerroniere, bajo el título de *Francia, Roma é Italia.* El autor no solo hace gala de su título de «Consejero de Estado y Director de la prensa,» sino que en la introduccion declara que escribe con conocimiento y autorizacion del Ministerio del Interior, por manera que su folleto, aun prescindiendo de que se dijo que su publicacion fué objeto de una discusion en el Consejo, presidido por el Emperador, tiene todo el aire de oficial. Bien, pues nosotros no vamos á refutar ese folleto, porque otros muchos lo harán mejor que nosotros. Solo vamos á poner de manifiesto, copiando un pequeño párrafo de él, pero acaso el mas importante, el que encierra el pensamiento del Gobierno, la palpable contradiccion, el manifiesto contrasentido en que, á cada página, en cada parágrafo, casi en una misma sentencia, incurren estos escritores. Hé aquí el pasaje á que aludimos: «Si la Italia es libre, no está constituida, y el único obstáculo para su organizacion, es Roma. Mientras exista el antagonismo papal, que ha sido creado entre fuerzas, cuya union seria útil á tantos intereses, la Italia y

el poder temporal del Papa no encontrarán su equilibrio. Unanse esas fuerzas y de esa alianza resultará la comun grandeza. *Es igualmente difícil concebir la Italia sin el Papa, como el Papa sin la Italia.* Ellos están ligados por la tradicion, por la historia, por el respeto universal de todas las naciones católicas hácia la cabeza de la Iglesia. Cuando el Emperador entró en campaña contra el Austria, se proponia restablecer esa importante fé. El dia en que esa grande idea se realice, veremos al Papado reasumir en la sociedad moderna una autoridad tan alta como su orígen y su mision. Veremos á la Italia añadiendo á la fuerza política de su independencia, la fuerza moral de esa posicion escepcional, que la hace la patria de la soberanía espiritual, cuyo imperio no reconoce otros límites que los del mundo. Entre tanto y a pesar de todo lo que ha sucedido, á pesar de muchas negativas opuestas á las generosas intervenciones de la Francia, á pesar de tanta injusticia que no ha podido fatigar su afecto, el Emperador, estamos convencidos de ello, dejará su espada en Roma para proteger la seguridad del Santo Padre. Fiel á su doble deber, como soberano electo por la voluntad nacional y como hijo primogénito de la Iglesia, *él no puede sacrificar la Italia á la Corte de Roma, ni entregar el Papa á la revolucion.*»

No hay una sola cláusula de este pasaje, que no encierre un sofisma, una anfibología y un doble sentido, empleado de intento para disfrazar en vez de declarar el pensamiento; porque hay hombres avezados á la perversa máxima de que la palabra se le dió al hombre para engañar á sus semejantes. Decir «que la Italia es libre,» es faltar á la verdad delante del mundo; el cual sabe por repetidas

confesiones de los mismos cómplices de la revolucion, qué libertad puede haber en donde el general Cialdini públicamente manda matar á todos los que no se sometan á la autoridad de Victor Manuel, que se les quiere imponer por derecho de conquista. No es menos opuesto á la verdad agregar que «el único obstáculo para que se constituya la Italia es Roma,» cuando se sabe que Mazzini, Garibaldi y Compaña, no aprueban la conducta del Gobierno de Turin, y que si no ha estallado la guerra entre los mismos pretendidos patriotas italianos, es porque les conviene estar unidos para acabar de destruir los que ellos consideran obstáculos á la completa ejecucion de sus planes. Proponer que el poder temporal del Papa se una á la revolucion, cuando esta no se propone otra cosa que destruirle, es todavía mas absurdo que pensar en la sociedad del leon con el cordero; pero aun lo es mas indicar una monstruosa amalgama de la soberanía espiritual con esa misma revolucion, cuyas tendencias impías son manifiestas. Cuando Garibaldi califica al Papa de *Ante-Cristo;* cuando el general Pinelli, empleado por Victor Manuel en la conquista de Nápoles, le llama en una proclama, *Vicario de Satanás;* cuando los Comisarios del Gobierno sardo se apresuran á estinguir en el territorio del Papa las órdenes religiosas y á disponer de sus bienes, vendiéndolos aun á estranjeros y protestantes; cuando hace años que el mismo Gobierno sardo, hollando el Concordato que le ligaba á la Santa Sede, ha perseguido constantemente á la Iglesia en su disciplina, en sus institutos, en la persona de sus pastores; cuando, en fin, las simpatías de los incrédulos, los auxilios de los protestantes y los votos de los declarados enemigos de la religion, por el triunfo

de la revolucion italiana, están demostrando hasta la última evidencia, el origen impio y las tendencias anticatólicas de esta revolucion; proponer al Papa, presentar como posible, como practicable, como oportuno, que la autoridad espiritual dé la mano á esa revolucion y se una con ella, para que «la Italia añada á la fuerza de su independencia política, la fuerza moral de ser la patria de la soberanía espiritual, cuyos límites no son otros que los del mundo;» esto no solamente es un tejido de contrasentidos, es un verdadero insulto á todas las naciones de la tierra, á quienes en cierto modo se convida para que vengan á postrarse ante un Papa, en cuya cabeza se vea en vez de la tiara el gorro frigio.

¡Y á esto hay valor para llamarlo *fé importante!* Ya se vé, debe de ser una fé como la de Mahoma, puesto que «para restablecerla entró el Emperador en campaña,» segun la espresion del escritor oficial. Hemos alcanzado un tiempo dichoso. Ya vemos la libertad impuesta por la punta de la espada, en ese desgraciado reino de Nápoles, en donde segun las comunicaciones del Ministro inglés, que este Gobierno acaba de presentar al Parlamento, las elecciones son una farsa, el sufragio universal una mentira, no habiendo mas realidad que la de la crueldad y tiranía, que el mismo Ministro, testigo nada sospechoso por cierto, denuncia como ejercida por el general Cialdini, sobre los infelíces súbditos de un rey vendido por la traicion, abandonado por los otros soberanos y oprimido por la fuerza mayor de un monarca, su pariente, que sin motivo ni razon, le hace la guerra y lanza sobre él, sobre su jóven esposa y sus fieles y valientes soldados una lluvia de mortíferos proyectiles. Esto se llama libertad. Que el Papa se

haga cómplice de esos y de todos los otros desafueros cometidos contra el derecho de gentes, contra la justicia y contra el honor; y eso se llamará fé, por los que como observa Mr. Villemain mas simpatías efectivas han manifestado al Sumo Sacerdote del Alcoran, que al Sumo Pontífice del Evangelio.

No hay mas, la revolucion y sus cómplices, á pesar de sus efímeros triunfos conocen su propia debilidad; y ya presienten que no está lejano el dia en que su obra de iniquidad desaparecerá bajo el peso de la indignacion del mundo. A escepcion del actual Ministerio inglés, á quien sus despachos contradictorios sobre la revolucion italiana le ha valido la mas severa y fundada censura en el Parlamento; ningun otro Gobierno ni el mismo del Emperador de los franceses, ha reconocido las usurpaciones de la Cerdeña. Rusia, Austria y casi toda la Alemania han protestado contra ellas, de diversas maneras. España lo ha hecho retirando su Ministro de Turin, y conservando el que tenia al lado del rey Francisco II, hasta los últimos momentos de la resistencia de Gaeta. El Portugal, manteniendo ahí tambien á su representante, se ha declarado contra la revolucion; la cual sobre todo, tiene contra sí fuerzas que ningun poder humano puede vencer, que ninguna doblez diplomática puede eludir; á saber, la fuerza de la conciencia de todos los hombres de bien, y la fuerza que arrastra al crímen hácia un castigo indefectible, aunque tarde mas ó menos en tener lugar. La historia es garante de esta verdad. El imperio pagano de Roma, que dominó toda la tierra, no pudo triunfar de la Iglesia. Al contrario, segun la profecía de Daniel (á quien parece que quieren dar un *mentís* los que sueñan con un nuevo imperio

en Italia, con Roma por capital), una pequeña piedra derribó al coloso; esa piedra es aquella sobre la cual se puede escribir el dístico latino que nuestro insigne español Arias Montano, compuso para una estátua del Salvador, que está en la sala de capítulos del Escorial.

Hic lapis offensus feriet feretque ruinam,
Hic et inoffensus petra salutis erit.

Sí, desde Constantino hasta Carlo-magno, hasta San Luis, esa *piedra* ha sido la salvacion del que no la ha ofendido; pero ella misma desde Diocleciano hasta Napoleon I, ha sido la ruina de todos los que, engañados por su aparente debilidad, han ido á estrellarse voluntariamente en su invencible dureza. *Esa piedra* es aquella que llamó tal nuestro Señor Jesucristo.

III.

Probabilidades de otro órden.

Haremos aun algunas otras reflexiones, sobre las probabilidades de otro género que hay en favor de la Iglesia; y con esto daremos por concluido nuestro trabajo, cuyo objeto es reanimar la esperanza de los buenos y escitarlos á contribuir al feliz desenlace de la actual crisis, en la manera que indicamos al principio, cuando deciamos que ninguno debe ser apático ó indiferente en esta causa.

Las sociedades tienen un instinto de conservacion; y aunque hay momentos en que dominadas por una especie de vértigo, parece que trabajan por destruirse á sí mismas, ó entregadas á un profundo letargo dejan que algunos insensatos las aboquen á la orilla del abismo, tienen al fin

que deponer aquel vértigo y que sacudir á este letargo, guiadas por su instinto de conservacion. Esto sin duda alguna sucederá en Italia, como sucedió en Francia el año de 1848, época en la cual fué escogido el actual Emperador no para que favoreciese las tendencias revolucionarias, sino al contrario, para que las reprimiese, como él lo hizo con una mano bien fuerte. De modo que cuando ahora en su nombre se apela al orígen de su actual poder, para sostener que él no puede reprimir la revolucion en Italia, justamente se dice lo contrario de lo que es la verdad.

Sí, por ese instinto de conservacion, la Italia volverá en sí; las otras naciones, por ese mismo instinto, se verán obligadas á contribuir para poner un término al desórden. Decimos las naciones, no los Gobiernos; pues estos ya hemos visto en la primera parte de este escrito cuán poco han hecho por el órden en la presente ocasion; y de ahí se puede deducir lo que se debe esperar de ellos, dejados á sí mismos. Unos por miras ambiciosas, otros por intereses egoistas, algunos por recelo, todos han dejado hacer á la revolucion, contentándose á lo mas con protestas, como las que hemos mencionado al fin de nuestra segunda parte. Pero las consecuencias de esta conducta son tan funestas y se hacen sentir tanto en las naciones, que estas, aunque no consulten mas que á sus intereses materiales, acabarán por obligar á sus Gobiernos, á obrar con energía y á restablecer el verdadero equilibrio, turbado por la revolucion y sus cómplices.

En efecto, la falta de ese equilibrio obliga á los Gobiernos no solo á mantenerse en estado de defensa, sino á aumentar sus armamentos de una manera colosal; y esto no se puede hacer sin enormes sacrificios de los pueblos. En

Inglaterra, las contribuciones que se pagan *son casi intolerables*, segun la espresion de lord Derby; y aun así, hay un *déficit* como de veinte millones de libras que no se podrá cubrir sin acabar de exasperar á los contribuyentes. La Francia, segun lo ha demostrado con datos estadísticos Mr. Perier en la *Revue de Deux Mondes*, corre á sumergirse en un abismo financiero; tanto que si no fuera por ciertos recursos estraordinarios, que permiten establecer una igualdad ficticia entre los ingresos y los egresos, el presupuesto de este año presentaria un *déficit* de doscientos millones de francos. El Austria tiene su tesoro en un estado aun mas deplorable. Del pretendido reino de Italia no hay que hablar. En diez años, si no nos engañamos, la Cerdeña habia duplicado su deuda; y apenas conquistado Nápoles, ya *El Times*, que publicamente simpatiza con la revolucion, hablaba de dos cosas que le parecian necesarias; *alguaciles* para arrancar á aquellos pueblos mas altas contribuciones; y *verdugos* para destruir á los que hicieran resistencia á la autoridad usurpadora. Dígase si ese estado de cosas puede prolongarse indefinidamente.

Ni se crea que esa situacion cambiará el dia que el *reino de Italia se consolide*. Primero se consolidarán el Etna y el Vesubio; pero concedamos por un momento que se consolidase, ¿no quedarian siempre en pié las causas que obligan á las naciones á mantenerse con el arma al brazo? Los preparativos de la Francia escitan una profunda alarma en Inglaterra; y la anexion de Niza y Saboya, prescindiendo de que ya se ha hablado de la de la isla de Cerdeña y de la costa de Liguria como precio de la retirada de la escuadra francesa que estaba en las aguas de Gaeta, naturalmente hace temer á la Alemania que luego se pidan á caño-

nazos las *fronteras naturales* sobre el Rhin. Por la soberana razon de los hechos consumados con la doctrina de las nacionalidades y el cómodo auxilio del sufragio universal, con la teoría de la no intervencion, entendida de manera que no se intervenga para dejar anexar; pero se prohiba intervenir para oponerse á la anexion; y con el precedente de lo que ha sucedido en Italia, donde príncipes italianos como Pio IX y Francisco II han sido despojados por uno que no es italiano, porque la Saboya no es la Italia en el hecho de tomársela la Francia; con todo esto, preguntamos ¿pueden tranquilizarse las naciones, licenciar sus ejércitos y disminuir las contribuciones exigidas por tales armamentos? Eso no es posible. El malestar continuará hasta que haciéndose un escarmiento con los que han violado el derecho de gentes, y burladose de la fé de los tratados se restablezca el respeto á la ley de las naciones; para que estas puedan, descansando en ese respeto, dejar de estar al *¿Quién vive?*

Pero aun hay mas. Las naciones no solo pierden porque las sumas de dinero que se emplean en aprestos militares, podian estar mejor invertidas en empresas productivas; sino porque la inquietud, el temor y el malestar consiguiente á la inseguridad de la paz, se hacen sentir profunda y funestamente al comercio, á la industria, y de consiguiente, tambien á la agrigultura. Obsérvese lo que actualmente está pasando en Inglaterra y en Francia. El interés del dinero sube enormemente. Las quiebras se multiplican, no solo entre comerciantes oscuros, sino entre firmas de primer órden. Los pedidos á las fábricas se suspenden. Anúnciase la suspension de una parte del trabajo, con lo que se disminuirán los jornales, mientras no cesan

ni se rebajan las necesidades de los que del trabajo diario dependen para su subsistencia y la de sus familias. Solo en los caminos de hierro se calculaba que ese estado de cosas, el cual no es mas que una muestra, ó un principio de lo que probablemente sucederá en mayor escala, si la crísis continúa, producirá una pérdida diaria de mil libras esterlinas. Porque hoy la ramificacion de los negocios es tan complicada, íntima y estensa entre sí, como la de las fibras del cuerpo humano, y así no se puede herir á una sin que las otras se resientan penosamente. La desconfianza paraliza el comercio. La paralizacion del comercio causa la de la industria. Seguirá inevitablemente la de la marina mercante, como ha comenzado ya la de los caminos de hierro. Vendrá despues inevitablemente la de la agricultura. Habra millones de brazos desocupados, millares y millares de familias en la estrema indigencia. «La caridad inglesa, decia *El Times* hace *pocos dias*, apenas ha bastado liberalmente ejercida para impedir que se mueran de hambre los pobres de Conventry, ciudad que incluyendo los ricos, no cuentan mas que cuarenta mil almas.» Unos pocos dias de frio inundaron de pordioseros á Lóndres, como lo vimos todos con lastima, reparando que el pomposo manto de la riqueza de Inglaterra, oculta apenas entre sus pliegues la úlcera profunda del pauperismo, de un pauperismo que no tiene igual en los países católicos, en esos países que el protestantismo considera envueltos en oscuridad y abrumados bajo la opresion del Papado. Pues si causas meramente locales y pasajeras han originado esos males, ¿qué sucederá el dia en que no solo Conventry sino Manchester, Birmingham, Hull, etc. etc. vean á sus operarios sin trabajo y sin pan? Muchas virtudes cívicas tendrá el pueblo

inglés, aunque entre él hay tambien una ignorancia que asombra, y una inmoralidad que espanta; pero aun los hombres mas virtuosos, cuando el hambre los desespera, ¿se resignarán á morir sin hacer un esfuerzo cualquiera, para salvar la vida? Y, aun dado tanto heroismo de paciencia, ¿no es una pérdida la de la poblacion que perezca por el hambre y por la peste que vendrá tras ella? En efecto, antes de morir, esa poblacion famélica echará mano de lo que pueda para alimentarse; y mal alimentada y peor vestida, la envolverá la infeccion, de la cual nacerán las epidemias (b).

Y todo ¿por qué? ó ¿para qué? Acaso por la dudosa adquisicion de una isla, ó por la esperanza de tener mejores mercados; esperanza que podria fundarse mejor habiendo en Italia Gobiernos regularizados, á los cuales se podria convencer con razones, de que les convenia abrir sus puertos al comercio libre, y entonces ese comercio seria mas seguro y mas estenso, como que se haria á la sombra de la paz y bajo la proteccion de un órden de cosas sólidamente establecido. De modo que aun cuando no sea mas que por conveniencia, los hombres de negocios, los positivistas, que ante y sobre todo consultan á la utilidad material, acabarán por convencerse de que su verdadero interés está en que la revolucion sea reprimida y en que se restablezca el órden. No vacilamos en atribuir á esta causa, el movimiento progresivo, en sentido conservador, que aqui se observa en el Parlamento y en el pais, en el Parlamento donde ya ha sido derrotado el Ministerio que se declarara patrono y aun factor de la revolucion; y en el pais donde con diferencia de pocos dias ese Ministerio ha perdido varias elecciones, no solo

en Irlanda, sino tambien en Inglaterra y aun en Escocia.

Se nos dirá acaso que el malestar del comercio y de la industria no tiene por única causa la situacion de Europa, sino tambien, y muy principalmente, la crísis de los Estados-Unidos de América, á todo lo cual ha venido últimamente á agregarse la deplorable falta de lluvias en la India, que ha reducido á la miseria millones de individuos. Concedemos todo esto, pero ello en vez de combatir nuestra tésis la apoya; porque en primer lugar parece indisputable, que la causa principal de la paralizacion de los negocios, es la precaria, insegura y forzada posicion de la Europa; en segundo lugar, la crísis de América, hija de la revolucion, prueba que la revolucion, en todas partes y bajo cualesquiera formas, no solo es una cosa reprobada por la moral, sino altamente nociva al legítimo y ordenado desarrollo de los intereses materiales; de modo que estos intereses deben asociarse á los de un órden mas elevado, para poner un término á la revolucion; en tercer lugar y finalmente, nosotros que creemos en la Providencia, que pensamos con Bossuet que si el hombre se mueve libremente, Dios, sin embargo, se reserva dirigir á sus altos fines todo ese movimiento; y que decimos con el baron Guiraud, «que la historia no es mas que la justicia de Dios puesta en ejemplos;» nosotros, desde este punto de vista religioso y filosófico, no podemos dejar de calificar de providencial la coincidencia de la revolucion de América y de la miseria de la India, con el malestar de Europa nacido de la revolucion, cuya mira final é impía es la destruccion del Papado, y de consiguiente la del catolicismo. Nos parece tanto mas providencial esa coincidencia, cuanto que la ruina de intereses materiales que ella causa, á ninguna

otra nacion afecta tanto, como á las dos cuyos Gobiernos son principalmente responsables de esa revolucion, porque el uno con las armas y el otro con la diplomacia la han favorecido; y porque especialmente el primero, sino hubiera echado su espada en la balanza del equilibrio europeo, este equilibrio no habria desaparecido. Entre tanto, las otras naciones que no han favorecido á la revolucion, á pesar de que indispensablemente debe afectarlas la crísis, se encuentran relativamente en una posicion desahogada; y en prueba de ello véase como mientras el premio del dinero en Lóndres, á donde puede decirse que afluye todo el numerario del mundo, sube al 8 por 100, y esto dá un golpe casi de muerte al comercio y á la industria, que son la vida de esta nacion; en Bélgica y en Hamburgo, el interés no pasa del 4 por 100. Los hombres de fé verán en ésto un castigo, el mas sensible á una nacion para la cual es el oro un interés supremo, y los hombres de negocio, aprenderán de los honrados industriales de Bélgica y de los tranquilos comerciantes de Hamburgo, que al hacer balance se encuentra mas provecho cuando se ha dejado al Papa gobernar sus Estados como lo entienda, que cuando se le han querido arreglar las cuentas en su casa, por los que nada tienen que ver en ella.

IV.

Conclusion.

Si no nos engaña el amor propio, creemos haber presentado en este escrito un resúmen, aproximadamente exacto, de todos los motivos de temor y de esperanza que

inspira la revolucion italiana; ó mejor dicho, la revolucion universal. Porque no se crea que las tendencias de la revolucion sean á localizarse. Al contrario, no hay Gobierno con quien ella no esté dispuesta á entrar en lucha, sino la favorece; y como todo Gobierno, por el hecho de ser Gobierno, se vé obligado un dia, aunque haya nacido de la revolucion, á oponerse á sus pretensiones nunca satisfechas y sin cesar renovadas; resulta que por esta razon no dijo mas que la verdad, bajo una forma mitológica, segun el gusto de la época revolucionaria, el girondino Verniaugd, cuando pronosticando lo que á él mismo, á sus compañeros y luego á sus adversarios les sucedió, esclamaba en la convencion francesa: «La revolucion, como Saturno, devora á sus propios hijos.» Si ha de haber Gobiernos, y debe haberlos, porque sin ellos no se concibe la sociedad, ni sin la sociedad puede existir el hombre; es indispensable que esos Gobiernos combatan á la revolucion, no solo con la espada en las calles, y con los cañones en los campamentos, sino en la region de las ideas, abjurando de una vez los errores que de mucho tiempo á esta parte han prevalecido entre los hombres de Estado. El principio de autoridad es uno, como es uno el espíritu de la revolucion que le combate. De ahí la solidaridad de los Gobiernos, que no debe permitirles á los unos ver con indiferencia los ataques dirigidos contra los otros, y especialmente aquellos de que es blanco el Gobierno mas venerable, mas legítimo, mas indispensable de la tierra, el del Romano Pontífice. Venerable es este Gobierno por el augusto carácter del soberano que lo ejerce, en cuya sagrada persona se reunen casi siempre, y muy especialmente en la del actual Papa, la ciencia, la virtud,

el amor mas tierno á sus súbditos, amor que estos corresponden, pues no dudamos afirmar que la inmensa mayoría de los habitantes de los Estados Pontificios, ama y respeta á Pio IX como á un padre. Legítimo es ese Gobierno, por su orígen, el cual es mas antiguo que el de todos los otros Gobiernos de Europa, hasta el punto de reconocer Voltaire, que si algun Gobierno hay legítimo, es el del Papa. Legítimo es tambien ese Gobierno, no solo por la secular aquiescencia de los súbditos, sino por los beneficios continuos que ha derramado sobre ellos; pues sin los Sumos Pontífices Roma no existiria, porque la habrian arrasado los bárbaros; Roma no tendria los monumentos y museos que son su orgullo, y que la dan vida, atrayendo á su seno los artistas y curiosos, que dan de comer á tantos romanos en las posadas, en los carruajes, en el servicio y comprando objetos de arte; Roma en fin, sin el Papa, no seria la capital del Orbe católico; título á mas de glorioso, positivamente útil á los romanos; pues la mayor parte de los estranjeros que visitan su capital y les dejan dinero, lo hacen porque su devocion ó sus necesidades espirituales los llevan á donde está el Papa. En este sentido nada mas cierto que lo que ha confesado el Gobierno francés en el último folleto: «Es difícil concebir una Italia sin el Papa,» aunque mejor hubiera dicho, que «es imposible subsista Roma sin el Papa.» Ya se vió, cuando los Papas residieron en Avignon, que la yerba crecia en las calles de Roma; y por cierto que no seria para ver á Victor Manuel en el Capitolio, ni para oir á Cavour y á los oradores de su Parlamento en el palacio de la Cancillería, donde fué vilmente sacrificado Rossi por la revolucion, que los católicos irian á una ciudad, cuyo clima es mal sano durante seis

meses, una vez retirado el Papa de ella. Porque, y esto demuestra la absoluta falsedad de la segunda parte del antítesis que ha querido hacer el escritor oficial francés, bien se puede concebir un Papa sin la Italia. Durante largos años los Sumos Pontífices, como acabamos de indicar, residieron fuera de Roma; y como decia el vizconde de Cormenin en uno de los célebres folletos que publicó en los últimos años del reinado de Luis Felipe, combatiendo el vértigo que se apoderó de la Monarquía de Julio contra la Iglesia y que fué uno de los signos precursores de su caida; «aunque se relegue al Papa en una isla desierta, ahí será Papa.» Sí, su autoridad no dimana de *plebiscitos*, que mas ó menos son una farsa; y que aun cuando no lo fueran serian incapaces de crear una autoridad que dure siglos, porque nada hay mas inconstante y caprichoso que la popularidad, cosa que debieran tener muy presente, los que arguyen contra el Papa con la *impopularidad*. La fé, en virtud de la cual el Papa es Papa, tampoco es una fé que se predica con la espada, como la que dice el citado escritor francés, que fué á llevar el Emperador á Italia; y así aun cuando *se asesine*, segun la espresion del ilustre general Lamoriciere, á los generosos católicos que corrieron á ofrecer su sangre en defensa de esa autoridad, ella subsiste y subsistirá, como subsistió á pesar de Neron despues que fué decapitado San Pedro, y á pesar de Napoleon I, cuando Pio VII estaba preso en Fontainebleau. Finalmente dijimos que esa autoridad es indispensable, porque sin Papa no hay religion, ni sin religion Gobierno, ni sin Gobierno sociedad, ni sin sociedad hombres. Si tuvieramos tiempo, podriamos demostrar con rigor lógico, con datos históricos y con la autoridad de grandes hombres, la ver-

dad de esta proposicion, mas para los católicos, ella es por sí misma evidente. Y como para ellos escribimos principalmente, omitimos esa demostracion, de la cual nos ocuparemos acaso algun dia, en un tratado especial.

Ahora concluimos el presente escrito, con la esperanza de que los lectores católicos reanimarán la suya, y con la de que lo que hemos dicho para convencerlos de que no pueden ser en las circunstancias actuales indiferentes ni apáticos, los moverá á contribuir, bajo la direccion de sus legítimos pastores y con un esfuerzo reunido al remedio de las necesidades de la Iglesia. Si consiguiesemos estos dos objetos, en los cuales no tenemos por otra parte mas interés que el interés católico, quedarán suficientemente recompensados nuestros trabajos y cumplidamente satisfechos nuestros deseos.

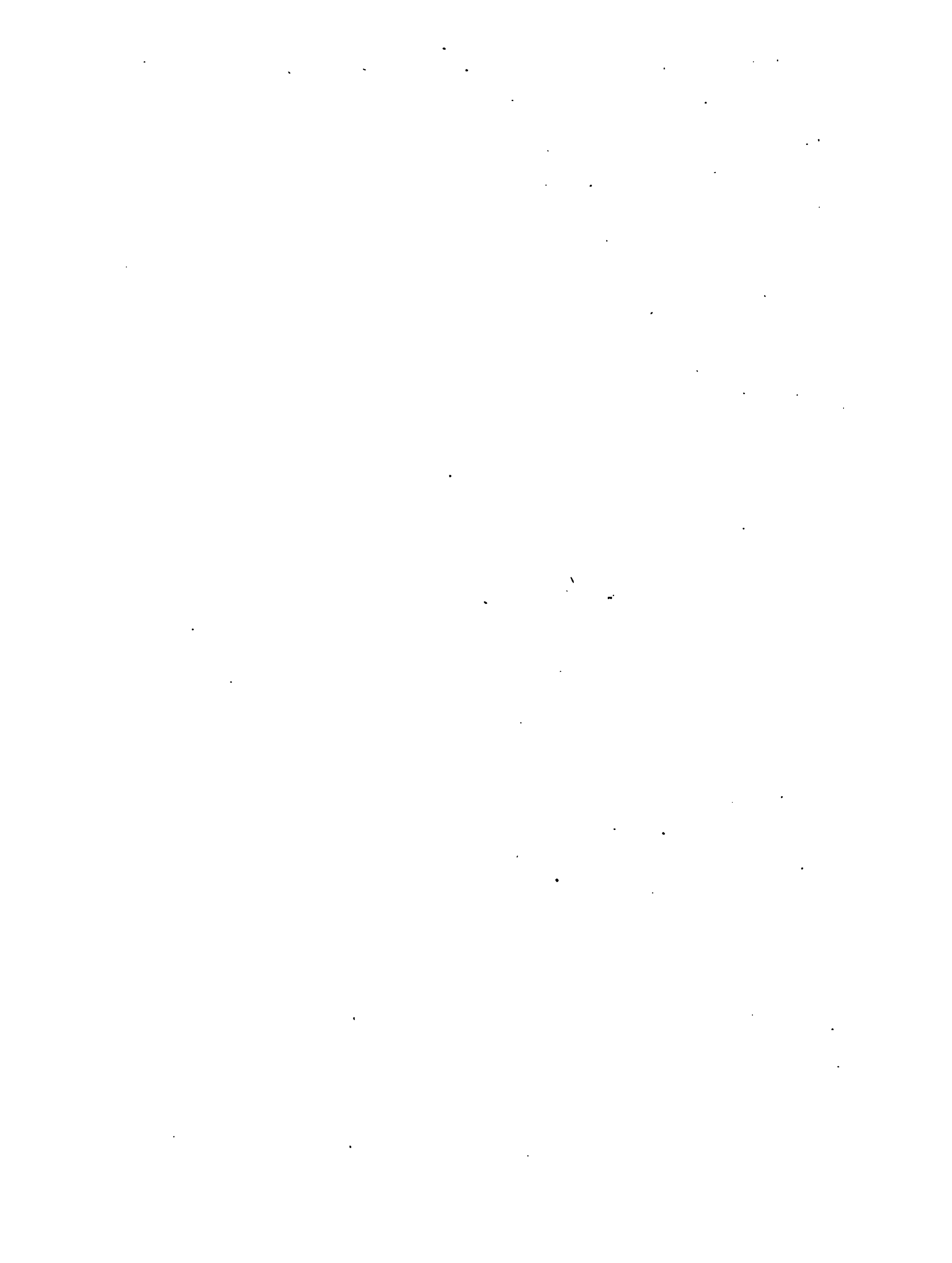
Lóndres 5 de Marzo de 1861.

NOTAS.

(a) Se ha querido por el Gobierno francés, dar el carácter de una oposicion de partido, al movimiento en favor del Papa; pero sobre esto le replica con tanta razon como elocuencia el Ilustrísimo Señor Dupanloup, en su respuesta al último folleto de Mr. de la Guerroniere, que para aventurar esa especie, es necesario suponerlos *imbéciles* á todos. En efecto, ¡rara oposicion y singular espíritu de partido, que no solo reina entre la gente religiosa y amante del órden

en Francia, sino tambien en Inglaterra, en Irlanda, en Alemania, en España, en toda Europa, en la Australia y en América! Recomendamos mucho á nuestros lectores se procuren un ejemplar de ese opúsculo del Obispo de Orleans, que es la demostracion mas concluyente de la mala fé de que ha sido víctima el Papa, y la mas merecida invectiva de las iniquidades cometidas por la revolucion en Italia, iniquidades que résume en pocas palabras el sàbio Prelado, pintándolas con sus propios colores.

(b) Despues de concluido este opúsculo, se han publicado en Lóndres los *Board Trade Returns* correspondientes al mes de Enero último, los cuales manifiestan una baja en las esportaciones de los productos domésticos y manufacturas inglesas en la proporcion siguiente: importan las de este año 8.344,701 libras esterlinas, contra 9.366,497 libras esterlinas, del período correspondiente en el año próximo precedente, y 9.593,423 libras esterlinas del inmediato anterior. Así, desde que comenzó la guerra de Italia, han disminuido las esportaciones inglesas 226,926 libras esterlinas en el año 1859; y 1.248,722 libras esterlinas en el de 1860. Pero aun no son estos seis millones de duros que han perdido las esportaciones inglesas, el único indicio del desastroso efecto de la revolucion, en el comercio y en la industria. Otro dato hay en los citados documentos, todavía mas significativo, y es la balanza entre las importaciones y las esportaciones, la cual es tan grandemente adversa á la Inglaterra, que comparada la del año 1860, dice el *Morning Chronicle* de hoy 4 de marzo, con la de 1859, presentaba un esceso desfavorable de ciento por ciento, y comparada con la de 1858, el año que precedió á la guerra de Italia, el esceso contra la Inglaterra es de ciento setenta por ciento.





DATE DUE			

